

TEATRO

¿Cuánta tierra ocupa un cuerpo?

de Gabriela Pérez Cubas¹

*La vida solo puede ser entendida mirando hacia atrás.
Pero hay que vivirla mirando hacia adelante.*

S. Kierkegaard

En escena, la actriz hace listas.

El trolebús,
los patines,
el triciclo,
el monopatín.

¹ Gabriela Pérez Cubas es actriz, licenciada en Teatro, magister en Artes Escénicas, profesora adjunta en la carrera de Teatro de la Facultad de Arte de la Universidad Nacional del Centro, a cargo de las cátedras Expresión Corporal II y Didáctica de la Actuación. Allí mismo, dirige el Grupo de Investigación en Técnicas Corporales para la Escena. Su desempeño como actriz, investigadora y docente se centra en el estudio del cuerpo como sujeto y objeto del arte teatral. Ha realizado postgrados sobre el entrenamiento del actor en el Instituto Superior de Artes (La Habana – Cuba) y en la Universidad Nacional de Heredia (Heredia – Costa Rica). Ha participado en numerosas puestas en escena como actriz y directora. Sostiene, junto a otros colegas, un grupo de teatro independiente en la ciudad de Tandil. Ha publicado sus trabajos en diversos congresos y en distintas revistas especializadas del país y del exterior. gperezcubas@gmail.com



el carrito con rulemanes,
el carro tirado a caballo,
la bici del afilador,
la bici con rueditas,
las bicicletas con asiento banana.

La Niña.

Mi hermano tiene una bicicleta con asiento banana, azul, con trocitos plateados que destellan al sol. El respaldo alto, de caño cromado, como el manubrio que te deja los brazos en forma de U. Él inventa un detector de pozos, es un frasco con piedritas que tintinean cuando la bici se mueve. Ata el invento a la horquilla y me invita a probarlo.

Sacudón/pozo, pozo/sacudón. Mi hermano insiste en pasar por los terrenos más complicados.

Yo. - En la vereda de vainillas funciona el invento, despacito, pero funciona... ¡anda por ahí...! ¿Por qué no esquivas la vereda de la panadería? ¡Se levantó toda con el tilo ese!

Él. - ¡Es para ver cómo funciona el detector Gabriela! ¡No seas tan llorona!

Llorona me dice...

Yo. - ¡No doy más! ¡Yo me bajo!

Exclamo al final, al borde de la desesperación, sin saber aún que esa es mi primera deserción.



Todo empieza con un fuerte malestar, es físico y no, un cólico existencial, un impulso que no se puede ahogar, crece en intensidad hasta convertirse en un huracán que sacude todo. Cuerpo y existencia. Arrasa el huracán, no para.

El tren,
el colectivo,
el avión,
el barco.

Viajamos con mamá en el “Vapor de la Carrera”. El “Vapor” hace el trayecto que une Montevideo con Buenos Aires. Conozco a Buenos Aires a través de un ojo de buey. Es grande Buenos Aires. Me llena el ojo de buey. Humo y edificios a lo lejos. Inmensa la oficina de migraciones. Tengo el sello de extranjera.

Las primeras alternativas se buscan en los medios de transporte. Llegado el caso, migrar, volverse extranjero, es una opción drástica pero efectiva para calmarse un poco. En este lugar del mundo sabemos mucho de migraciones. De llegadas y de partidas. Los que vinieron. Los que se fueron. Ancestros y descendientes en un viaje a todas partes. ¿Un viaje circular? El riesgo está en seguir mirando el lugar de partida y no el de llegada. Al final, todos los lugares son uno en una misma.

Caminar,
trotar,
las carreras,
correr.

Hasta quedar sin aliento. Hasta necesitar *ventolín*. Hasta las ganas de vomitar.





Manos y rodillas raspadas, correr, tropezar, volar desde la hamaca, aterrizar. Agua y jabón -dice mamá - es lo mismo que alcohol y el agua blanquecina se mete en la carne viva. Eso duele más.

El agua es un claro ejemplo de lo que digo. Ella circula, cambia de estados y sin embargo siempre es agua. Camino por la rambla siguiendo el sol hasta verlo entrar en el mar. Me siento con las piernas colgando hacia el agua. Cuento para adentro ... 1, 2, 3... hasta 189 hoy y el sol se pone... Miro... pienso... La cantidad de cosas que piensa una cuando no piensa en nada... Nosotros, el planeta es setenta por ciento agua. ¿Por qué le decimos planeta tierra ? Si el agua se sacude y cambia ¿porque no lo hacemos nosotros?

El Río de La Plata es marrón todo el tiempo, puede ser negro al llegar a Buenos Aires, oler a petróleo.

Yo. - ¿Qué es ese olor mamá?

Ella. - Petróleo

Yo. - ¿Y qué es? (No explica lo de los fósiles y todo eso)

Ella. - Es de dónde se saca la nafta.

Yo. - ¿Te pensás que no sé que la nafta sale de los autos? El encendedor de papá tiene olor a nafta, fuerte, rico el olor. Yo lo prendo, cuando vos no me ves.

Este río es más raro, es casi el mismo en las dos orillas, pero acá crece cuando llueve, se desborda. Camino, con el agua hasta las rodillas y los pantalones arremangados. Flotan las cosas perdidas.

Ella. - ¡No toques nada que son porquerías!

Y aunque los habitantes de cada orilla nos parecemos, tengo que aprender a hablar.

Acá se les dice zapatillas a los champions.

Facturas a los bizcochos.

Sándwich a los refuerzos.

Guardapolvo a la túnica.

Son pibes los chiquilines

Y colectivo el ómnibus.

Se llama pava a la caldera..

Y es gaseosa el refresco. Existe la seven up.

El helado es helado.

Pororó se le dice al pochoclo!

En el asado se come choto,

Carlos Gardel nació en Tacuarembó,

La Cumparsita es uruguaya,

el dulce de leche es CONAPROLE.

Tierra de inventores el Uruguay. Como mi hermano, que también inventa una caja tragadora de objetos. Es una caja con agua y tierra. Es barro. Barro chirle. Todo objeto que se introduce en la caja, en cuestión de minutos desaparece. Las cosas más pesadas, una pila, una tuerca grande, desaparecen más rápido, un soldadito de plástico demora, bastante. Ahí, medio que me avivo, pero igual admiro al inventor. Me toma cerca de veinte años darme cuenta que mi hermano no inventa nada. Ya para entonces él estudia

arquitectura. Y yo teatro. Él desarrolla el impulso de construir cosas. Y yo el de creerme todo. Crédula, bien crédula, arrastrando



mis ilusiones como a un collar de melones cuando escucho al filósofo que dice:

“¡Desertar, desertar!, cuando el mundo se vuelve un lugar hostil y las cosas - tal como las conocemos- se vacían de sentido, la alternativa es desertar para encontrar nuevas formas de habitarlo!”

¿Y para dónde voy? (Las fugas son siempre hacia adelante). ¿Y que me llevo? (Lo que sos) Yo soy lo que recuerdo.

La abuela Tita se pinta los labios rojo carmín. Se pone su mejor ropa.

Pollera de lana hecha con modista,
pullover tejido a mano,
tapado de paño con botones nacarados, para el invierno.
Vestido fresco y floreado para el verano.

Caminamos de la mano con la abuela cuatro cuadras hasta llegar a la avenida, ahí están el club y la iglesia. Los sábados de invierno, vamos a la iglesia. Nos sentamos en el último banco a ver pasar a las novias. Asistimos del primer al último casamiento, la abuela por lo bajo comenta:

la calidad del vestido;
lo que se pusieron los parientes;
el apuro de algunos por casarse (Dios me perdone, dice la abuela cuando comenta eso).

Los parientes de la novia, de éste lado... Los del novio del otro. El pasillo los divide, como una grieta entre parientes políticos. Se nota quién paga la fiesta, siempre hay más parientes de ese lado.

La abuela observa admirada todo el ritual, yo la observo a ella. La
puerta se abre y aparece la novia,

el vestido blanco,
los ramos de flores,
el hombre de traje que la lleva del brazo.

La abuela saluda emocionada a todos los que le pasan por delante.
Varias veces en la noche se canta el Ave María,

suenan un órgano,
nos damos la paz,
me dan besos,
nos arrodillamos en el escaloncito que tiene el banco de enfrente
(reclinatorio, dice la abuela)
y aprendo a persignarme.

La mismas cuatro cuerdas de la mano de la abuela, pero esta vez
es verano. Vamos al club. Vemos a las murgas en el tablado, que
es un escenario que se levanta con tabloncitos para la ocasión. Si lo
de las novias me impresiona, lo de las murgas me sacude. Son
hermosas. Se pintan, usan trajes de colores... sombreros. Acá
también hay ritual sagrado. Cuando empieza a cantar, la murga es
como un ventarrón que te agarra de frente, te despeina y te lleva a
un lugar distinto, del que no quiero salir.

(se oye la introducción de *La despedida de El Gran Tuleque*)

Entonces, la ansiedad por saber que me llevo. Y la marea de
recuerdos que va organizándose sola. Ni buenos, ni malos, me
llevo los recuerdos que enseñan sentido.

Camiones y colectivos van repletos de gente por la avenida. Llevan bombos, llevan banderas.

La gente festeja, se ilusiona, cree. Tienen cornetas de plástico de sonido estridente. Argentina acaba de ganar el mundial. ¡Kempes el matador! Sostengo con emoción una banderita argentina.

“25 millones de argentinos, jugaremos el mundial,
Mundial la justa deportiva sin igual,
mundial un grito de entusiasmo universal.
Vibrar, soñar, luchar, triunfar,
luciendo siempre sobre la ambición y la ansiedad, temple y
dignidad”.

Llevo ilusiones y engaños, magos y mercachifles, joyas y oropeles,
alegría y tristeza, vida y muerte.

Tres cosas tres. El escándalo.

1- Alexis es mi mejor amiga. Vive cruzando la avenida. Una tarde ella sale de su casa en bicicleta para visitarme. Un taxi no la ve y la atropella, Alexis se da tremendo porrazo contra el asfalto. La visito y veo su cara llena de pequeñas piedras incrustadas.

2 – En la esquina de casa, hay una barraca que vende garrafas de gas. Es de tarde, en verano, cuando desde mi balcón veo una enorme llamarada. Algo falla en la barraca y todo explota. Un hombre se quema ahí.

3- Le llevo lechuga a mi tortuga. Con la lechuga en la mano busco a Manuelita en la terraza. Ahí está, quieta, con los ojos para afuera, aplastada. Nadie se atribuye el atentado pero mi mamá la levanta,

la envuelve en papel de diario y la entierra en una maceta. “Ahora ella ahora se va a transformar en planta”. ¿En qué tipo de planta? ¿Cómo se come la planta a una tortuga? ¿Porqué encima de aplastarla la llenamos de tierra? Pavada de semilla va a tener. ¿Y que va a dar, tortuguitas? Muerta la tortuga.

Mi hermano y yo empezamos con que no nos queremos morir. Lo decimos de noche, antes de dormir. Arrancamos bajito y vamos aumentando el volumen.

Se levanta mamá, nos prende la luz.

Se levanta Papá, sale a la terraza a fumar y se tira pedos.

Mamá va de un cuarto al otro, intentando consuelos. Nos trae vasos y vasos con agua. Nosotros gritamos.

Mamá grita para que papá la venga a ayudar.

Entra papá blandiendo una chancleta:

¿Qué pasa acá? ¡Se duermen y se dejan de joder!

Silencio

(Esta escena se repetirá infinidad de veces. Acá nadie se quiere morir)

A las cinco de la tarde

La tele en casa empieza a las cinco de la tarde. *Los tres chiflados, El Gordo y El Flaco*, dibujitos. A la hora de la cena, el noticiero.

Cenamos. Oímos un comunicado de las fuerzas armadas.

Cenamos. Oímos un comunicado de las fuerzas armadas.

Cenamos. Oímos un comunicado de las fuerzas armadas.

En la pantalla exhiben fotos y datos de personas que están requeridas por las fuerzas armadas. Aparecen, de a uno, mis tíos. Menos Omar, que no lo encontramos nunca. Ni la tía Mirta, que

está en el lugar donde le dejan lavar la ropa. Sector E, celda cuatro.

- “Ni una palabra de esto en la escuela”, dice mi padre.

Diáspora. Deserción forzada, Desparramo de familia por el mundo.

En el cine veo *Dumbo*, su Mamá está presa por defenderlo de las burlas de los demás. El dueño del circo la golpea, la encadena y la encierra en un carromato lejos de todos. *Dumbo* se hace amigo de un ratón, que lo lleva hasta donde está su mamá. Al verlo, ella saca su trompa entre las rejas del carromato, lo acuna y le canta: “Hijo del corazón... deja ya de llorar, junto a ti yo voy a estar y nunca más te han de hacer mal...”

Yo creo que Walt Disney perdió a su mamá de chiquito. Su papá se casó con una madrastra que lo maltrataba y por eso inventó mundos de ilusión, para desertar. En esos mundos, él quería ser princesa, pero los tiempos no lo ayudaban, entonces se congeló esperando que la cosa cambie. Ahora podrías, Walt, salir del *closet*, del *freezer*, podrías salir.

La Joven

No hay mucho clandestino por hacer, porque todo es clandestino. Entonces me porto bien. Lo único loco, lo prohibido, es hacerse la rata ... y que no te descubran. Los cancheros se hacen la rata sin ser descubiertos.

La casa de Fernando es el búnker elegido para la primera rateada, sus padres no están a esa hora. Fernando tiene un departamento para él solo y un disco: “Una noche en la ópera” de *Queen*.

Rapsodia Bohemia tiene, es todo: rock, música clásica, ópera ... la misma mezcla loca de las murgas.

- Me voy, que ya es la hora.

Y en la puerta Fernando me zampa un beso con olor a cherry lyptus que siento como una medusa en la boca. Tan boleada quedo que me bajo los siete pisos por la escalera.

En la vereda me espera Blanca, mi amiga, le cuento.

- Eso es un chupón.

Me dice Blanca que ya tiene experiencia. Raro el chupón. Esa noche me cuesta dormir.

Ensayo con Blanca los chupones en los azulejos. Al beso hay que agregarle la lengua. Difícil cerrar la boca y sacar la lengua. Hay que ensayar.

Para ensayar besos están los asaltos.

Voy al asalto en la casa de Pablo, evento en el que haré oficial mi noviazgo con Fernando. Al beso le sigue el noviazgo. Beso en público confirma noviazgo.

Llego, con un plato con pascualina que me da mamá,
el flequillo estirado durante seis horas como un Ángel de Charlie,
brillo labial de frutilla en la boca
y mi primer corpiño estrenado para la ocasión.



Lo primero que veo es a Fernando de la mano con Blanca. ¡Mi amiga! Estar de la mano en público confirma noviazgo, beso robado no. ¡Turro Fernando! Encima Blanca sabe dar chupón.

Me paralizó, un sudor frío me recorre la espalda que ya está siendo perforada por los ganchitos del corpiño. Me quedo quieta en un rincón sin saber qué hacer, viendo como mi flequillo se esponja como un erizo. El flequillo dura y sirve para la primera impresión, entrar y que todos te vean, el corpiño que se note también. Pero el flequillo se eleva al mismo tiempo que mi ánimo se derrumba. (Gabriela no es fea, le dice mi abuela a sus vecinas, pasa que tiene el pelo crespo).

Se me acerca Pablo, me despegó el plato de las manos y me saluda sonriente. Quiero que la tierra se abra y me trague entera, con corpiño y todo. Pero es tarde, ya me vieron. Pasan los rápidos, siguen los lentos, como puedo me las rebusco para salir del entumecimiento y ponerme a bailar. Llega mamá, salvadora, a buscarme. Al despedirme, Pablo me devuelve el plato de pascualina, intacto, me saluda y me entrega una cartita. Sigue sonriendo delante de mi mamá... como un tomate la cara... mamá se hace la que no ve que me da la carta y me apura.

Pablo me invita al cine.

Las funciones de la matinée colocan a los besos en una instancia superior. Ya no es el beso robado, es un beso pensado, deseado, un beso inevitable. La película no importa ... la oscuridad...

Vamos los mismos del asalto, también están Fernando y Blanca que se exhiben im-pu-nes, como si la traición más infame no pesara sobre ellos. Todos en una misma fila todos y en la pantalla *Tiburón*, *Delfín* y *Mojarrita* son testigos de mi primer beso con Pablo.

Estoy de novia.

La morocha de *ABBA* y *Raffaella Carrá* bailan conmigo en mi cuarto. Sin golpear aparece mi hermano:

Él. - ¿Qué haces Gabriela?

Yo. - Nada.

Lo que me ha costado desertar del mundo infantil para entrar en el de los adultos! Otra que los porrazos de la plaza... Al crecer hay que hacer encajar el cuerpo mutante en las normas adultas y encima siendo mujer. ¿A Dios o al destino debo agradecer la presencia de un hermano mayor en mi vida? Ese ministro kafkiano capaz de convertirme en insecto solo con una mirada, un animal oloroso y peludo dispuesto a hacerte sufrir en tu casa lo que él ya padece en la escuela.

Canto Aurora a las siete y media de la mañana en el patio de la escuela, dura de frío y sueño. En fila, firme como soldado, piel de gallina en las piernas, los brazos pegados al cuerpo. Vista al frente

y de reojo a la maestra, rogando que no te fulmine con la mirada. Con las manos atrás ella camina entre las filas y con la pera hace señas de silencio, distancia de un brazo.

El guardapolvo todo abrochado.

Las medias subidas,

el elástico aprieta y pica atrás de las rodillas.

Los puños limpios.

El pelo atado, en una trenza tirante para que no entren los piojos y para no cerrar los ojos nunca más.

El maestro Juan Carlos, en séptimo, sabe que las hormonas nos mandan. Abrazo a la entrada y amenaza de coscorrón ante el

riesgo de desbande grupal (iniciado siempre por los varones). El maestro nos enseña a escribir cartas, escribo:

“París, junio de 1990

Querido maestro:

Espero que al recibo de esta carta se encuentre usted bien y en compañía de su familia. Me hallo en este país terminando mi curso de artes dramáticas. Pronto regresaré a la Argentina en una obra en la cual tendré uno de los principales papeles.

Después de tantos años no me olvido nunca de mi aula y de mis amigos.

¿A qué no sabe lo que me pasó? Me encontré con Andrea Vilchez estaba de paso por esta ciudad. Es muy delgada y bastante alta, tiene una silueta esbelta y pronto se casará. Su cabello es rizado, tiene una amplia sonrisa y una gran dentadura, su piel sigue siendo tostada y sus ojos simpáticos. Pronto se radicará en Dinamarca.

De mi le puedo contar que luego de presentar la obra en Argentina me radicaré en E.E.U.U.

Espero encontrarme con Andrea Arroyo.

Bueno ya debo terminar esta carta, para mi muy breve, prometo escribirle muy pronto y mandarle más noticias de este hermoso lugar, muchos saludos su alumna que siempre lo recuerda.

Gabriela”



Aterrizaje forzoso en la secundaria, cuatrocientas mujeres y ningún varón.

Miento, un varón.

Colegio Comercial de Señoritas N° 17 Dr. Pascual Guaglianonne.

Cuatrocientas mujeres y una foto del Dr. Pascual.

Y un busto de Sarmiento.

Cuatrocientas mujeres en flor y dos hombres, uno en papel, otro en yeso.

A la salida nos esperan los varones del industrial y el delineador derritiéndose en el bolsillo hasta poder pintarme. En estampida hacia la puerta, nos detiene Benito, la directora de la institución:

-“No vayan a salir corriendo a meterse debajo de los sobacos de los varones que las esperan en la puerta para caminar así”.

¿Así cómo, La Benito?. ¿Así abrazados será?

Silencio.

Guerra.

Un presidente borracho juega a los soldados con los pibes en el sur,

Pinky y Cacho Fontana hacen una colecta en la tele: chocolates, medias y guantes para ganarle a los ingleses,

el borracho, los diarios y la tele nos dicen que vamos ganando. A los pibes ni el chocolate les llega.

Terror y desconfianza,

por los juegos,

Por las transas, por las canas

Por las panzas, por las ansias

Por las rancias cunas de poder



Locuras de poder...

¡Vení que te abrazo La Benito! Desertemos abrazadas, sobaco con sobaco. Todos abajo de los sobacos de todos. ¡Los sobacos son trinchera, La Benito!

Esa certeza la cargo.

La profesora de literatura nos lleva a ver “El lazarrillo de Tormes” a un teatro pequeño. Actúa Gustavo Garzón, un solo actor inventa un mundo. Me avergüenza cuando viene a saludarnos, está transpirado y los ojos le brillan, como si llegase corriendo de otro lado.

Este actor está desertando sin moverse del lugar. Ahora lo sé. Y actuando invita a la gente a desertar con él. (Claro, pero si pone eso en el programa no entra nadie). Son cosas que no se dicen. Pero están.

La chica de *Flashdance* sabe de eso. Ella baila y baila hasta lograr que los jurados del instituto de danza bailen con ella.

¡Quiero eso! Clases de danza jazz en un garaje del barrio.

Badanas,
polainas de lana,
calzas de lycra,
todo comprado en Once.

Malla no. La malla más adelante.

Repetimos las mismas coreografías hasta en los sueños, igual que la chica de *Flashdance*. Muestra de fin de año en el Cine Teatro Fénix Flores, un olor el teatro... oscuro, húmedo, fantasmal. Mismo

atuendo. Malla aún no. Malla de baño de mamá, con lentejuelas cosidas y los breteles acortados para que no se me caigan.

La platea repleta de familiares que esperan ver salir a sus bailarinas. Desfile de grupos de la zona. Le toca el turno a mi grupo. Respiración profunda y a escena: salto al frente desde la cadera con los brazos en alto/ tres pasos derecha, derecha, izquierda/ giro completo mirando a un punto fijo para no marearme... Pierdo de vista el borde del escenario y me desparramo en la platea. Desde ahí, salto como resorte de vuelta al escenario y al grupo.

“Te compraste el teatro” - Me dice la profe tratando de consolarme, “ ¿La pasaste bien?” No. Pero me vi a mi misma desde afuera, casi que volando de vuelta al escenario. Y no supe ni como.

No vuelvo más a las clases de danza jazz. Tampoco vuelvo a mí misma cómo me reconozco hasta entonces. Desembarco en la

juventud y en la ciudad, como después de una lluvia, aparecen personas que dicen y hacen las cosas de otra manera: son los artistas. No es que no estuvieran antes, es que no se los veía, ahora florecen, la democracia los riega. Sus obras son como preguntas que lanzan al mundo, invitaciones a desertar, aunque sea por un rato. Y como son un montón, hacen ruido. ¿Para despertar al resto será?

Sopla ruido de artistas y con ese empuje subo la escalera de la vieja casa de la calle Independencia. Casa húmeda, oscura, fantasmal, como el Cine Teatro Fénix. Allí, la gente sentada en gradas escucha al maestro de teatro.



Él nos abre preguntas, como provocaciones para desertar de los sentidos cotidianos. Ahí resuenan las murgas, los juegos de la infancia, las invenciones ilusas. Y mientras el maestro habla las cosas cobran otros sentidos, otros mundos posibles se edifican. Y en esos mundos una siente que puede pisar tierra firme, creada a partir de sus propias respuestas.

Y soy yo, y somos nosotros, con nuestras certezas siempre cambiantes, pero propias, que nos sirven para conjurar aunque sea de a ratos la locura y la muerte. Ese es mi territorio.

Tengo todo lo que necesito para desertar, mi tierra y mi memoria.

Todo no, me falta algo...

Un escenario, aquí y ahora

Querido maestro:

Tarde llega la carta porque no sé a donde enviarla, usted desertó hace un tiempo de la vida - desertión no deseada, pero insoslayable - y su profeso materialismo dialéctico me impide recurrir a cualquier forma de espiritismo. Me hallo en este momento actuando, no estoy en París como le dije al otro maestro, mi *tournee* ha sido más bien latinoamericana, aunque no descarto ese viaje en algún momento. Después de tantos años no lo olvido, ni tampoco a sus clases.

¿A qué no sabe lo que me pasó? Lo que aprendí con usted me sirvió para armar mi propio territorio, caminar siendo coherente entre lo que siento, pienso, digo y hago, como nos repetía siempre apasionado.



A veces se hace difícil, se generan tensiones entre la realidad y los mundos propios, pero siempre se corroboran sus postulados: la acción humana, con todo el ser implicado en ella, construye el mundo.

Acciono en la deserción ahora, maestro, no es una irresponsabilidad ni un olvido, es un deseo profundo de cambiar las cosas. Le escribo esta carta para incluirla entre lo que me llevo. Pisando la tierra que usted me enseñó a construir.

Nos estamos viendo, maestro, en cualquiera de los universos paralelos que podamos habitar.

Reciba mi profundo abrazo.

Gabriela

Epílogo

Repaso de los acontecimientos que llevan al desenlace.

Los novios saludan en el atrio,
las murgas cantan su retirada,
las novelas policiales muestran a los protagonistas tranquilos con el caso resuelto.

En mi epílogo no resuelvo nada. Y menos me quedo tranquila, si estoy desertando... Pero me llevo lo mío, mi poco de tierra, algún lugar habrá. ¿Cuánto puedo ocupar? ¿Cuánta tierra ocupa un cuerpo? Este es el volumen y el peso de mi traslado, incluye el lastre de cosas que no quiero, pero me siguen, como resabios. Regustos, dice mi tía con sus palabras de literatura en sepia. Es



una deserción en soledad y a la vez concurrida, por lo mío y lo de otros. La carta al maestro de séptimo es el un oráculo, la carta al maestro de teatro confirma esa predicción. Tocata y fuga para sostener el mundo que aprendí a amar... El teatro... Valija de doble fondo, bolsillo de payaso, manga de mago: sacas y sacas y siempre hay más.

De eso no puedo desertar. Y no quiero.

Retirada, como el último cuplé de las murgas. ¿Quién se anima a hacer lo propio?